

CÓMO
EMPEZAR A
AMAR

HILDA ROJAS CORREA



PRÓLOGO

Londres, 6 de julio de 1819.

—Entonces, lord Watford, ¿cuál es su versión de los hechos?

En la silenciosa biblioteca de Hedge Place, Gideon Graham, conde de Watford, se disponía a dar su declaración ante el magistrado local, lord Bourne.

Gideon miró de soslayo el reloj que se encontraba sobre la chimenea. Eran las cuatro de la madrugada. Estaba agotado. Ese baile de final de temporada había terminado de la peor forma posible. Su atención volvió al magistrado, en el semblante del hombre la incredulidad era elocuente. Sin embargo, Gideon no tenía nada que ocultar.

—Estaba, como todo el mundo, en el baile. A eso de las once de la noche, conversaba con la duquesa de Pemberton. Hubo un momento en que me alejé para tomar una limonada. En eso estaba cuando un sirviente me dijo que lady Regina necesitaba hablar conmigo en privado. Me indicó que ella me esperaría en la estatua de Artemisa, situada al centro del laberinto de setos de la propiedad. Al llegar, me encontré con que no era el único invitado; lord Warwick, lord Wild y lord Mackay también estaban ahí. Todos llegamos más o menos al mismo tiempo.

El magistrado alzó una ceja inquisitiva e interpelló:

—¿Cuál es su relación con lady Regina?

—Circunstancial, a decir verdad. Me relaciono más con su padre en el Parlamento.

—¿Y no le pareció extraño que la debutante de oro de esta temporada lo citara en un lugar que, a todas luces, era cuestionable para una reunión privada?

Gideon hizo una mueca indolente. No había una respuesta más concreta que...

—Pequé de curioso.

—Es extraño que cuatro caballeros hayan cometido el mismo pecado —señaló con suspicacia. Lord Bourne no tenía nada en contra del conde, su trabajo era sospechar hasta de la sombra de todos los que vieron con vida a la víctima.

—Nosotros pensamos lo mismo —replicó Gideon.

El recuerdo aún estaba muy fresco en su memoria. Le relató con detalle al magistrado.

—¿Así que lord Watford también ha sido invitado a la reunión de la encantadora lady Regina? —interrogó lord Mackay con su desenfadado y marcado acento escocés—. Nunca le he visto siquiera cruzar palabra con la dama, ¿le dio curiosidad?

Gideon entrecerró los ojos ligeramente al ver a los tres hombres, sus expresiones eran dispares entre sí; en el conde Mackay, la diversión; en el marqués de Wild, el incipiente enfado; en el conde de Warwick, el desconcierto. Él, por su parte, intentó controlar sus emociones. Tenía una mezcla de las tres bregando en su interior. Al final, solo dio como respuesta un encogimiento de hombros.

Mackay rio. Todos estaban ahí por curiosidad, ninguno de ellos se relacionaba con lady Regina más allá de las cortesías, pero eran potenciales candidatos para ser esposos de ella. Lord Barrington, el padre de la dama, ofrecía todos los años un gran baile al final de la temporada, mas en esa ocasión era especial, también era la celebración del debut de su única hija.

Wild resopló. Detestaba sentirse ridículo en esa situación y conjeturó con acidez:

—Creo que alguien tiene demasiado tiempo para hacer bromas.

Warwick asintió, esa situación era del todo inconveniente para él. No iba a seguir perdiendo su tiempo e ironizó:

—Caballeros, fue un inesperado placer. Me retiro.

Ni bien dio dos pasos, y el sonido de unas risas coquetas y femeninas detuvieron su marcha. Todos miraron más allá de la estatua. La pared de setos se sacudió.

La molestia de Wild aumentó y puso sus ojos en blanco.

—¿En serio está pasando esto?

Mackay también había perdido todo rastro de diversión y conjeturó:

—Quizás se trata de alguna argucia para que cuatro caballeros vean comprometida a una dama.

Gideon pensó que muchas personas eran capaces de rebasar todos los límites con tal de lograr sus objetivos. Fue inevitable recordar a su difunta esposa. Sacudió la cabeza para eliminar la imagen de la mirada llena de odio de ella.

Warwick hizo una mueca. Se metió la mano al bolsillo y sacó su reloj.

—Sugiero que nos quedemos aquí unos...

—¿Dos minutos? —insinuó Mackay—. Dicen que los ingleses son como los conejos.

—No todos, Mackay —se jactó Wild—. Depende mucho de la dama y del ánimo. Independiente de ello, tendremos que esperar unos diez minutos. Si es que es un buen amante.

—Ojalá no sea un muy buen amante —se atrevió a intervenir Gideon—. De lo contrario, podríamos estar aquí media hora o más.

Los tres caballeros le alzaron una ceja. Media hora no calificaba como un encuentro furtivo. Gideon se aclaró la garganta y dijo:

—A veces es complicado complacer a una dama.

Warwick esbozó una sardónica sonrisa y preguntó:

—¿Lo dice por experiencia propia, Watford?

Un grito. Y no fue de éxtasis, sino más bien de miedo.

Cuatro pares de ojos desorbitados se miraron. Se paralizaron al escuchar una voz femenina que exclamaba:

—¡No! ¿¡Qué haces!? ¡Suéltame!

No hubo necesidad de palabras. Los cuatro hombres tomaron el intrincado camino hacia la salida, era la única forma de encontrar a la mujer que estaba corriendo peligro.

Gideon tuvo un mal presentimiento, la voz de la mujer no volvió a escucharse. Maldijo la inmensidad y antigüedad de aquel laberinto circular, pues era imposible traspasar sus añosas y densas paredes de setos. El único camino hacia la salida era eterno, y giraba en una y otra dirección que los hacía avanzar y retroceder.

Al llegar, sus sospechas se confirmaron. En el suelo yacía boca abajo una mujer inerte. Warwick se aproximó y se agachó, con suavidad giró el cuerpo.

Su elegante vestido de muselina blanca estaba bañado en sangre. Los ojos azules de la mujer miraban a la nada en medio de su expresión de terror. Mackay exclamó al reconocerla:

—¡Santo cielo!

Era lady Regina.

No fue necesario tomarle el pulso, tenía un corte profundo que partía desde la yugular y cruzaba hasta el otro lado del cuello. La hemorragia no manaba al ritmo de los latidos, sino al de la luctuosa quietud. Warwick se levantó, era inútil.

La muerte de lady Regina había sido violenta y rápida. No se veía en ninguna parte el arma homicida, y tampoco escucharon más voces aparte de la dama.

Por inacabables segundos de estupefacción, los cuatro hombres no supieron qué hacer o qué decir. Wild fue el primero en despertar y dijo:

—Vamos a la salida, de seguro que el asesino debe estar por los alrededores.

Warwick y Mackay asintieron. Pese a no conocer en detalle la extensa propiedad, harían lo necesario para encontrarlo. No debía estar muy lejos. Gideon, por su parte, propuso:

—Mientras ustedes recorren el lugar, yo iré a darle la noticia a su padre. —Se llevó la mano a la boca y la arrastró hasta el mentón, mientras observaba el sitio del suceso.

De pronto su mirada se detuvo en la mano de lady Regina. Empuñaba algo.

Gideon se agachó y con sumo respeto tomó su mano. Entornó los ojos, el cuerpo todavía estaba tibio. Abrió los dedos femeninos con delicadeza.

Había sido en su momento un pañuelo blanco de lino, ahora estaba teñido de sangre. Parecía ser de hombre, no tenía ribetes de encaje, solo las iniciales bordadas C y K.

—Y después, ¿qué pasó?

—Luego de darle la noticia a lord Barrington, le pedí al duque de Pemberton que fuera a buscarlo a usted. Lamentablemente, fue infructuosa la persecución de lord Wild, lord Warwick y lord Mackay.

—¿Tiene alguna relación cercana con los otros tres caballeros que asistieron a la cita? —prosiguió el magistrado.

Gideon respondió:

—Somos conocidos, coincidimos en los eventos sociales de la temporada. Solo con lord Warwick tengo una relación más cercana, si eso la puede definir nuestros deberes parlamentarios. —Gideon no pudo reprimir un bostezo—. Disculpe.

—Si usted viera al sirviente que le dio el mensaje, ¿lo reconocería?

Gideon había pasado por alto ese detalle. No se preocupaba demasiado del aspecto de los sirvientes que no estuvieran a su servicio, por lo que contestó, al tiempo que evocaba en su memoria el rostro de quien le dio el mensaje:

—No estoy muy seguro, pero si lo veo sé que lo reconoceré.

El magistrado se masajeó la sien. Ya había interrogado a los otros tres caballeros y todos dieron el mismo testimonio. La única coartada que tenían era que estaban juntos.

Juntos podían ser inocentes, juntos podían ser culpables.

Lord Bourne estudió el pañuelo. Las iniciales CK podían ser nombre y apellido, dos nombres, un apellido compuesto, un título. Se le venía una ardua tarea de investigación, aún le faltaba interrogar al resto de los invitados que interactuaron con la dama antes de su desaparición y posterior muerte. No podía dejar que el caso muriera ahí.

—Bien —zanjó—. Creo que es todo por el momento. Pediré que traigan a los sirvientes para que usted, junto con los otros caballeros, reconozcan a la persona que les dio el mensaje. Espere mi llamado en el salón de juegos. Después de eso, quedará libre de acción.

—Estaré a su servicio. —Gideon se levantó y le brindó una ligera inclinación al magistrado.

El conde se dirigió al salón de juegos que se ubicaba al otro extremo de la gran mansión londinense, la cual en dos segundos había pasado de estar colmada del ambiente festivo, a ser un lúgubre escándalo. Los rostros serios y acongojados de los invitados cambiaban de expresión cuando él pasaba por su lado. Gideon podía elucubrar lo que decían a sus espaldas, no era la primera vez que se involucraba en un asesinato. Ignoró el peso de las miradas y juicios, manteniendo su vista siempre al frente, sin hacer contacto visual.

Cuando atravesó el umbral de la puerta del salón de juegos, no sintió otra cosa más que alivio. Ahí estaban los tres caballeros que se disponían a barajar las cartas para jugar y matar el tiempo. Lo observaron con interés. De los cuatro, Watford parecía ser el más afectado.

Gideon se sentó a la mesa dejando caer su peso sobre la silla. Mackay miró de soslayo, se puso a repartir e invitó al conde:

—Únase al juego, Watford. El *Vingt-Un* es mejor de a cuatro.

—¿Están apostando? —interrogó Gideon.

—Eso estábamos definiendo cuando usted llegó —repuso Wild, al tiempo que se servía un vaso de whisky—. ¿Alguien quiere? —Todos lo miraron con cara de que la pregunta había sido estúpida—. Ay, qué desagradables son, solo intenté ser cortés.

—En la situación actual la cortesía está de más. Todos necesitamos un whisky —apostilló Warwick, y Wild sirvió tres vasos más. A la postre, miró a Gideon—. Watford, ¿qué opina? Apostamos dinero o secretos.

Por algún extraño motivo, Gideon se sintió cómodo con los tres caballeros tan distintos unos de otros, pese a las trágicas circunstancias. Necesitaba distraerse, pensar en otra cosa que no fueran los ojos azules y sin vida de lady Regina.

Quizás los demás también necesitaban esa frívola distracción, separar sus emociones del ambiente cargado de esa calma tensión. Gideon se sintió inclinado por apostar secretos, no tenía nada que perder. Su tragedia personal era de dominio público, y le pareció divertido someter a sus compañeros a preguntas menos serias que las del magistrado.

—Secretos —respondió Gideon.

—¡Demonios! —exclamó Wild y le lanzó una guinea a Mackay y otra a Warwick.

Los dos caballeros solo sonrieron con suficiencia. Había un acuerdo tácito de no reír para no levantar infundadas suspicacias por parte de los demás invitados.

—Tal parece que ya habían empezado con sus apuestas —señaló Gideon.

—Bien, apostaremos secretos —resolvió Mackay y estableció las reglas—: El que tenga la cifra más baja contestará una pregunta del ganador. Si el ganador tiene veintiuno podrá hacer dos preguntas.

Todos asintieron aceptando las condiciones del juego. Mackay iba a officiar de crupier. Barajó las cartas con pericia y repartió. Finalizó la mano poniendo una boca arriba. Era un ocho de trébol.

Al igual que los otros caballeros, Gideon, con expresión impenetrable, se acercó las dos cartas que Mackay le entregó y levantó la punta para solo ver los números en ellas.

Warwick pidió una carta, luego otra más. Wild solo necesitaba una. Gideon se plantó. Mackay volteó una carta más para la

banca, un as de diamante. Tenía diecinueve puntos. Como crupier debía plantarse si su mano era mayor a diecisiete, de lo contrario, debía poner una más sobre la mesa.

Los caballeros mostraron sus manos. Las cartas de Wild sumaban dieciséis, las de Warwick dieciocho. Gideon volteó las suyas. Un as y una reina de corazones; once y diez, veintiuno.

—Creo que gané esta ronda. —Miró a Wild con cierto grado de malicia, el marqués siempre se le veía seguro de sí mismo. Bebió un trago y lanzó una pregunta sin meditarla demasiado—. ¿Se ha arrepentido de algo en la vida?

La sonrisa triste de Wild fue más que elocuente y añadió lacónico:

—Traicioné a una dama. Y se paga muy caro —confesó. Wild no era de presentimientos, pero en ese momento, sentía que esa no sería la última vez que se reunirían a jugar—. El arrepentimiento no sirve para saldar esas deudas... ni yo mismo me perdonaría.

Todos asintieron. Warwick repuso:

—Nada puede reparar el daño. Solo la voluntad de perdonar y perdonarse. Una dama tiene la capacidad de olvidar únicamente si se golpea en la cabeza y pierde la memoria.

—No creo que sea posible en esta vida. —coincidió Wild—. Su siguiente pregunta, Watford.

Después de varios segundos meditando, al final preguntó:

—¿Qué se siente tener un cuñado americano?

—Lo mismo que si fuera inglés, pero sin el exceso de pomposidad. Mi cuñado es un tipo que demuestra que el linaje no vale de nada si no se es recto, leal y apasionado.

Mackay volvió a repartir. El ganador de esa mano fue el crupier con veintiuno y el perdedor Warwick.

Con una sonrisa socarrona, Mackay preguntó:

—¿Es habitual que las damas lo citan a reuniones clandestinas?

—De vez en cuando —respondió Warwick—. Pero soy un hombre comprometido y debo ser fiel, incluso antes de casarme... Sus preguntas no son muy originales, Mackay, no se diferencian mucho del interrogatorio del magistrado.

—No sabía que estaba comprometido. Eso me lleva a la siguiente pregunta, ¿su prometida lo cita a reuniones clandestinas? —interrogó guasón. Gideon y Wild lanzaron risitas discretas.

—Mi prometida es una dama —replicó críptico.

—¡*Och!* ya quisiera usted que no fuera tan dama.

Warwick negó con la cabeza esbozando una sonrisa. Ganas no le faltaban de robarle algo más que un beso a su amada.

Mackay volvió a repartir. Tras una tensa mano, el resultado favoreció a Wild con veinte puntos y fue el turno de interrogar al crupier. El marqués preguntó:

—Tengo entendido que nunca se ha casado, ¿su familia lo presiona para sentar cabeza?

—La palabra presión es un ridículo eufemismo para definirla —replicó Mackay—. Pero no dejo que me afecte. El matrimonio será cuando tenga que ser.

—Todo un romántico —añadió Wild—. ¿Cuántos años le faltan para empezar a perder cabello?

—Le recuerdo que solo tiene derecho a una pregunta, y esa es la segunda.

La siguiente ronda la ganó Warwick con veintiún puntos, el perdedor, Gideon, le tocaba responder dos preguntas. El joven conde le preguntó con genuino interés:

—¿Por qué se casó tan joven?

—Porque los condes de Watford mueren antes o justo a los treinta y tres años. Y se ha establecido la tradición de casarse antes de cumplir los veinticinco. —Hizo una mueca—. Si logro pasar agosto, podré ostentar el título de ser el conde más longevo, pero sin descendencia.

—Quizás la maldición se traspasó a su difunta esposa —conjeturó Mackay, conocedor de la escandalosa historia. Nadie sentía lástima o simpatía por ella.

De todos los presentes, Gideon era el mayor. Se había casado por conveniencia con la hermana del conde de Gray, lady Millicent Loughty, a los veintidós. Tras ocho años de matrimonio y varios sucesos inesperados que se desencadenaron después de la muerte de su cuñado, Gideon se enteró de que su esposa había tenido un amante, pero eso no era todo. El adulterio de la condesa de Watford era cometido con el mismo conde de Gray; los hermanos habían tenido una relación incestuosa desde siempre.

Cuando Millicent fue delatada por la viuda del conde de Gray —a la cual odiaba al punto de lo enfermizo—, perdió todo rastro de cordura. Después haberse resistido con una furia salvaje a ser encerrada en su habitación, la condesa intentó huir como un animal acorralado. Gideon frustró las intenciones de su esposa

provocando una caída accidental. Sin embargo, el golpe en la cabeza contra el suelo de mármol fue tan fuerte que la mató instantáneamente.

La fama de Gideon alternaba entre la lástima y el recelo. Cornudo y asesino... Y tras el incidente con lady Regina, debía agregarle otra vida segada a su prontuario. Parecía estar maldito.

Gideon inspiró, intentando deshacerse del mal sabor de boca. De pronto sintió que las canas que veteaban sus sienes castañas eran más pesadas que antes, estaba viejo. Se aclaró la garganta y convino con Mackay:

—Quizás la vida me está compensando por el mal rato y me quiere dar la oportunidad de preparar a mi heredero que, vaya ironía, tiene más ganas de ser religioso que conde.

Warwick aprovechó de hacer su segunda pregunta:

—¿Se casaría otra vez?

—Lo veo difícil. —A Gideon le sorprendió que sus compañeros asintieran, dándole la razón, aquello le impulsó a admitir—: Los años no pasan en vano y, a mis casi treinta y cuatro, cada vez tolero menos a las jovencitas del mercado matrimonial. Imagino el escenario de casarme con una de ellas, y siento que estoy asaltando la cuna de un bebé.

—Debería considerar a las solteras y viudas —apostilló Wild—... Aunque pensándolo bien, la mayoría de las damas que están en esos estados civiles no lo considerarían a usted... Máxime, las viudas.

Todos asintieron. La viudez era lo mejor que podía pasarle a una mujer, sobre todo si su matrimonio fue mediocre.

La puerta del salón de juegos se abrió. Era el mayordomo que los conminaba a volver a la biblioteca.

La procesión de los cuatro caballeros se vio envuelta de una tensa atmósfera, colmada de miradas perspicaces, mezcladas con otras de cansancio y hartazgo.

Cuando los caballeros se encontraron frente a una hilera de nerviosos sirvientes, el magistrado interrogó:

—¿Alguna de estas personas fue quien les dio el mensaje?

Tras largos minutos, y para consternación de lord Bourne, los cuatro caballeros negaron con la cabeza. Entre toda la servidumbre no se encontraba el mensajero.

Estaban en un callejón sin salida.